

ACADEMIA GALLEGA DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACION

GNOSEOLOGIA JURIDICA  
Y  
VITALISMO RADICAL

Discurso leído el día 27 de febrero de 1970,  
en la solemne sesión de ingreso del académico

ILTMO. SEÑOR

D. CARLOS GOMEZ CARRERA

y contestación del

ILTMO. SEÑOR

D. GERARDO ABAD-CONDE Y SEVILLA



LA CORUÑA

1971

DEPÓSITO LEGAL: C - 213 - 1971

---

Imp. MORET - M. de Amboage, 16 - La Coruña. 1971

# I N D I C E

	<u>PÁGINA</u>
CARLOS GÓMEZ CARRERA «Gnoseología Jurídica y Vitalismo Radical.	9
GERARDO ABAD-CONDE Y SEVILLA «Contestación al discurso de ingreso del Ilmo. señor don Carlos Gómez Carrera ... ..	37
INDICE ONOMÁSTICO ... ..	43



D I S C U R S O

DEL ILTMO. SEÑOR

D. CARLOS GÓMEZ CARRERA



Excmos. e Illmos. Señores:

Señores Académicos:

Señoras y Señores:

Rindo testimonio de gratitud a la Academia y a su excelentísimo señor Presidente por esta oportunidad solemne, de altísimo honor para mí, puramente gracioso, por ausencia de todo mérito para ello, que me permite exponer un punto de vista filosófico, modestísimo como mío, sobre la Gnoseología del ETHOS y la Justicia.

En mi discurso intento, en método un tanto socrático, exponer una somera síntesis de los datos que nos suministra la Ciencia Moderna y la Historia del Hombre que, a mi criterio, tan sincero como ajeno a toda pretensión dogmática, inducen las conclusiones filosófico-jurídicas que presentaré al final.

## I

### LA TIERRA

En un rincón del Universo, un minúsculo punto espacial, que llamamos Tierra, a miles de años-luz del centro de nuestra galaxia, que, a su vez, dista nada menos de millones de años-

luz de otras infinitas galaxias, aparecieron un día unos gases, hidrógeno y amoníaco con vapor de agua, y al sufrir descargas de radiaciones, formaron aminoácidos.

Estos fueron los elementos primarios que, en una operación que duró miles de millones de años, y que hoy se reproduce en el laboratorio en el corto espacio de una semana, dieron lugar a la forma más elemental de vida, la llamada «protovida», más primitiva que el protozoo, y de aquí en constante evolución se fue pasando hacia las formas cada vez más complejas de todos los seres orgánicos. Y esta operación, generadora de vida, es inevitable en unas determinadas condiciones ambientales de calor y humedad, y estas condiciones se dan necesariamente en las evoluciones y transformaciones de los planetas de quintillones de estrellas como nuestro Sol, por lo que no parece dudoso aseverar en el Universo la existencia de millones de formas vitales. Resta a la Ciencia desvelar infinitos secretos de miríadas de sistemas planetarios de los miles de millones de galaxias, que integran los cien millones de nebulosas que aparecen en el Universo, en su eterno rodar espacial.

Vamos a intentar trazar un bosquejo de esa evolución en la Tierra, desde los aminoácidos hasta la inteligencia de Einstein, pero a este intento, dada la enorme amplitud del cuadro vital, y ante la imposibilidad de seguir paso a paso, a través de millones de años las infinitas variaciones y transformaciones, ya lentísimas, ya bruscas, de la evolución biológica, enfocamos el cuadro en el limitadísimo marco del hombre.

## II

### EL HOMBRE

El hombre para la Ciencia es un animal como otro cualquiera, una de las 900.000 especies animales de este Planeta.

Decimos una especie, un grupo impreciso en sus límites extremos, con subgrupos o razas con grandes diferencias, incluso anatómicas, en huesos, músculos, nervios y reacciones bioquímicas, dando lugar a tipos tan variados dentro de la especie,



como un lulú y un terranova, un salvaje pigmeo y un sabio nórdico, sin que siquiera y por su falta de constancia nos sirva como contraste para discriminar la diversidad de la especie, la fecundidad o esterilidad de los híbridos, como enseña Jean Rostand.

#### GÉNESIS DEL HOMBRE

Si así lo ordena un reactivo químico de la hipófisis, hoy perfectamente sintetizado en grandes cantidades en los laboratorios, madura hasta el final y al azar un globulito de gelatina translúcida de 1/5 de milímetro, con el centro algo más denso, y se desprende de su folículo en el ovario: El óvulo.

En el interior de esa pequeñísima vesícula hay 23 cromosomas o filamentos, minúsculos y coloreados, con formas muy variadas, al azar, tan pequeños que serían necesarios millones de ellos para formar un granito visible. Y, no obstante su ínfimo tamaño, contienen millares de moléculas de cerca de una décima de micra, de vario estado químico, llamados genes, que son moléculas alargadas de ácido nucleico de estructura complejísima.

Si esta vesícula, de un contenido que es producto de mil azares químicos, se encuentra también por puro azar, con otra celulilla de 55 milésimas de milímetro, que avanzó por casualidad entre los varios millones de espermatozoides compañeros, que integran una sola gota de semen, será penetrada y recibirá varios millones de genes, también de contenido y estado químico variable hasta el infinito.

Variadísimos eventos físicos y químicos pudieron haber impedido la unión de esa pareja de células, entre millones de otras posibles parejas, según el azar del espermatozoide afortunado, con genes siempre diferentes; pero tuvo suerte, le tocó el premio mayor de la lotería de la existencia a ese proyecto de niño.

El óvulo fecundado ha de atravesar las mucosas especialmente hinchadas y congestionadas de la pared uterina y lograr instalarse en el cobijo nutricional de la sangre materna.

Ya está: Nadie puede cambiarlo. Será rubio o moreno, alto o bajo, débil o fuerte, blanco o negro, explosivo o apático, de nariz aguileña o respingona, idiota o inteligente. Ni sus padres,

ni el medio educativo podrán modificar absolutamente en nada su íntima estructura bioquímica.

El huevo se divide en dos, en cuatro, en ocho, en dieciséis, etcétera, y así hasta millones y millones de células. Una laminilla en forma de disco, primero, dará lugar al ectodermo, que producirá la piel y el sistema nervioso; el endodermo que formará el aparato digestivo y los pulmones; el mesodermo, el esqueleto, sistema muscular, sangre, riñones y aparato reproductor. A las tres semanas medirá de dos a tres milímetros; tiene cola y carece de patas, como en este estadio le sucede a cualquier mamífero. No pasa adelante en su desarrollo, sin plasmar antes en su forma largos capítulos de su historia genética: A la cuarta semana presenta hacia el cuello hendiduras branquiales, como los peces, así como un riñón elemental de lamprea, pronto sustituido por un riñón de rana, que desaparece luego para dejar su emplazamiento al definitivo.

Si no se interpone un fatídico Rh, que obligará a la madre a matar el fruto de su concepción, nacerá un niño con 26 billones de células, con 23 pares de cromosomas en cada una, como en el huevo.

¿Niño o niña?—La mujer, cuyas células llevan siempre cromosomas genéticos XX, que miden de 4 a 5 micras, genera forzosamente un óvulo con cromosoma X, mientras el varón tiene sus células en pares de cromosomas XY, teniendo este último sólo una micra y media, por lo que se reconoce en la mujer cierta superioridad biológica, y por ello la mitad de los espermatozoides tienen cromosoma X y la otra mitad cromosoma Y. Si la acción del azar une el óvulo con un espermatozoide X, nacerá una niña; si es un espermatozoide Y el que se adelanta al encuentro del óvulo, será un varón. Unos y otros cromosomas, tienen, además de los sexuales, efectos generales. Pero si ha habido la suertecilla maldita de que el cromosoma X materno esté formado por dos XX soldados, al penetrar en ese óvulo un espermatozoide Y, la tragedia auténtica se habrá producido, imborrable y espantosa, del intersexual. El cromosoma Y, como predominante, vence al X y cede ante el XX; pero ante el XX, soldado y deficiente, resulta ni hembra ni varón, sin contar otras múltiples anomalías no infrecuentes de otras combinaciones de cromosomas, aumentos o disminuciones de genes en ellos, cortes o soldaduras de genes, etc.

Y eso no es todo, ya que pese a la determinación cromosómica del sexo, todavía durante los dos primeros meses de vida del feto, éste no es macho ni hembra, sino bisexual, poseyendo el embrión al mismo tiempo dos conductos de Wolf, correspondientes a los testiculares, y los dos canales de Müller que han de convertirse en las trompas uterinas, atrofiándose luego, unos u otros, por influjo de la hormona sexual predominante, progesterona o testosterona, de poder químico tan enorme que actúan en dosis de una milésima de miligramo. Y se investiga a diario sobre la posibilidad de fecundar a voluntad el óvulo con espermatozoide de cromosoma X o Y, tratar ovarios de mujeres jóvenes muertas en accidente, producir en ellos partenogénesis artificial con fermento químico, con la posible eliminación del varón de la faz del Planeta, sustituir los núcleos de los gametos por una célula somática joven, no genética, incluso de un genio, con capacidad suficiente para desencadenar la multiplicación ovular y así, por tratarse de célula con juego completo de cromosomas, reproducir a voluntad las características del tipo genio.

Esperemos el avance de la investigación biológica y que el bello sexo, hasta ahora tan dulce y piadoso, no se decida jamás a la guerra de exterminio total del sexo fuerte y abusón...

Y es curioso resaltar como, no sólo en la vida del feto, sí que también en los adultos, varones o hembras, además de patentes restos atrofiados orgánicos, prueba de hermafroditismo (un varón tratado con progesterona puede amamantar a su hijo), las hormonas sexuales son y actúan de forma simplemente predominante, acentúan una tendencia, pero el bisexualismo primario deja indiferenciados residuos en muchos detalles anatómico-fisiológicos.

La creación in vitro de individuos vivos y especies, incluso del hombre, no parece ya hoy una fantasía absurda, después de comprobar la creación de elementos vivos, a medio de proteínas sintéticas activadas con fermentos de ácidos nucleicos por autocatálisis.

### III

#### LA EVOLUCION BIOLOGICA

Con el sabio padre jesuíta francés Teilhard de Chardin (Entre paréntesis: la cita es de admiración al notabilísimo biólogo por su valentía manifiesta), podemos decir que la evolución biológica de todos los seres vivos desde aquella primera materia viva, masa de proteína y madre de los protozoos, es un puro axioma científico en nuestros días.

La vida se ha transformado en mil sentidos y direcciones, armoniosas a veces, absurdas otras, a través de millones y millones de años: ojos tapados en el fondo de una cueva, inútiles; mil órganos sin función; abrazos sexuales en que la hembra devora totalmente al macho; miles y millones de virus y bacterias, que aparecen, se transmutan, desaparecen...

Evolución patente, aún para los que somos menos versados en Genética y Paleontología: Esos brazos de animales de especies y morfología tan dispares: el murciélago, el topo, la salamandra, las aves y el hombre con todos los mamíferos; están provistos de húmero, cúbito, radio, carpo, metacarpo y dedos; ese hombre con sus órganos atrofiados, apéndice vermicular del intestino, pliegue semilunar del ojo, músculos de la oreja, vértebras y músculos de la cola, etc., etc.; ese caballo del eoceno, el eohipo, con cuatro dedos y el resto atrofiado del quinto en cada extremidad, el mesohipo de fines del terciario con sus tres dedos, frente al actual con uno solo, todavía con la rudimentaria tercera falange en el casco. ¿A qué continuar?

Aquella manchita microscópica en el espacio que es la Tierra, que apareció un día hace unos dos mil millones de años cubierta de pululantes proteínas, presentó hace 1.500 millones de años, en evolución progresiva, animales vertebrados, que, desde hace 200 millones de años, fueron capaces de alimentar a sus críos por medio de mamas, y sólo hace unos 100.000 años aparece el que tomó el orgulloso nombre de «HOMO SAPIENS», en los últimos CUATRO SEGUNDOS de VEINTICUATRO HORAS de existencia del Planeta.

## IV

### PARIENTES VIVOS

El hombre actual es hijo de un hombre menos desarrollado en organización y funciones, cuya inteligencia no pasaba de astucia; éste, lo era de otro animal cuadrumano menos perfecto; éste, de otros mamíferos inferiores; éstos, de otros complejos animales menos perfectos, como el «archeópterix», por ejemplo, ave dotada de alas terminadas en uñas, con larga cola de saurio, hijo de anfibios y nieto de peces, con esos dipnoos intermedios, que respiran ya por branquias, ya por pulmones, que son la vejiga natatoria modificada, bajando por la escala de moluscos, artrópodos, gusanos, hasta esa masa de materia viva, poco diferenciada, de los protozoos, con sus pelos, flagelos y pestañas, que indujeron a veces a confusión de si de animales o de plantas se trataba, hasta las bacterias y los virus de clasificación imposible y denominados por signos arbitrarios, menos que células, antepasados comunes de la población vegetal y animal.

El hombre tiene, igual que los demás Primates, cinco dedos en la mano y en el pie, y como ellos, tres clases de dientes, dos mamas pectorales (en algún caso regresivo, la mujer ha presentado dos hileras de mamas); tiene como ellos dos hemisferios cerebrales, hallándose alguna familia pobre, como el lémur de Madagascar que, pese a su pulgar oponible y su bien desarrollado cerebro, tiene impresionante semejanza con la cara del zorro.

Y ya en reducida familia, los Antropides, el Gorila, el Chimpancé y el Orangután, son iguales a nosotros en aspecto general, talla, carencia de cola, la misma fórmula dentaria y mil detalles anatómico-fisiológicos y bioquímicos. En estos monos hermanos están los cuatro grupos sanguíneos A, B, O y AB, como en el hombre, y por vía intravenosa se puede inyectar al hombre sangre de Chimpancé del mismo grupo sanguíneo, y forman ácido úrico por oxidación de bases púricas, lo mismo que el hombre.

No hay en ellos como en nosotros especiales períodos de celo; el ciclo menstrual tiene los mismos caracteres; el embarazo dura 270 días en el Chimpancé, 275 en el Orangután y 268 en el Hombre.

El hombre es más peludo que sus referidos hermanos: En dos fetos de seis meses, el del hombre presenta en un centímetro cuadrado 880 pelos en la cabeza y 668 en la espalda, mientras el chimpancé presenta 400 y 420, respectivamente.

Piojos y demás parásitos, microbios y virus, producen en ellos y en nosotros las mismas enfermedades. Cierto que el pulgar del pie es en ellos también oponible y apenas en nosotros, en lo que nos aventajan.

El cerebro, casi igual en peso al nacer, tiene las mismas circunvoluciones y las mismas proporciones relativas de sus lóbulos. Vista y oído, iguales. La masa cerebral humana aumenta luego mucho, pero sólo en volumen y peso.

Estos monos adquieren verdaderos hábitos, se adaptan a nuevas situaciones y resuelven con su inteligencia dificultades prácticas, como el Chimpancé, que sabe utilizar un palo para acercar un objeto que desea, sabe fabricar un instrumento, acoplado un pequeño bambú a otro más grueso, y alguno fue a buscar una escalera a un departamento vecino para atrapar un fruto colgado; amontona cajas para el mismo fin de alcanzar un objeto alto, aparta obstáculos para abrir y cerrar puertas, sabe desenrollar una cuerda, aprende a beber y a comer con instrumentos, a hacer gárgaras, a fumar, a montar en bicicleta, a hacer garabatos con un lápiz, y distingue o cuenta hasta seis de una serie de objetos, baila, se viste, le gustan los aplausos, siente simpatía, gratitud y hasta amistad.

Y si bien es floja en ellos la aguda tendencia imitativa de nuestros niños, lo que les impide un verdadero aprendizaje del lenguaje articulado, algún autor halló hasta 32 palabras o sonidos diferentes en el Chimpancé.

Laringe, paladar, campanilla y lengua son iguales a las del hombre. Con la inteligencia que posee, si estuviera dotado de la tendencia imitativa, no ya de un niño, sino simplemente de un loro, hablaría como nosotros, y el Cardenal de Polignac le diría entonces: «Ya que hablas, yo te bautizo».

Aquella pequeña chimpancé educada por los psicólogos americanos Kellog, en compañía de su propio hijo, Donald, del mismo modo que el niño, dormía en cama, se bañaba, usaba vestidos, comía a la mesa, jugaba a la pelota, tecleaba en la máquina de escribir, empañaba los cristales con el aliento; aprendió antes que Donald a servirse de vaso y cuchara y a pre-

venir sus necesidades naturales; ambos críos quieren los objetos brillantes, se divierten con los que se mueven, les gusta jugar con animales, les encanta el ruido, tienen el instinto de la propiedad, de imitación, de adornarse, y hasta se observó una mímica emocional en la chimpancé, que era superior a la del niño; pero muy pronto en éste, saltó como una explosión de aptitud imitativa para la palabra y, por el lenguaje y la imitación, un avance espectacular de aprendizaje.

La distancia psíquica entre el Hombre y estos Antropoides, se estima por los biólogos estar en relación con la diferencia de masa y estructura íntima cerebral, pero con la probabilidad de que esta diferencia se deba simplemente a elementos bioquímicos del metabolismo, análogas a las que se observan entre un idiota y hombre normal. El gorila llega, adulto, a una masa de 600 ctm<sup>3</sup> y en la especie humana, el varón a 1.380 ctm<sup>3</sup> y la mujer, 1.250.

## V

### EL «HOMO SAPIENS»

El hombre no apareció así de pronto, con los caracteres morfológicos y el grado de inteligencia actuales.

Para muchos paleontólogos, como Mortillet, Belluci, Ribeiro, Rutot, Sergi y otros, es indudable la presencia a fines del terciario, de un hombre-mono más o menos inteligente, que de una manera muy imperfecta utilizaba armas de piedra y hasta parecía conocer el fuego: El eopiteco de Egipto, el pliopiteco y el driopiteco de Europa, son antecesores del hombre en el terciario, pero es muy interesante observarlo, superiores al mono actual.

A pesar de producirse el progreso evolutivo a través de millones de años, apenas le faltan peldaños a la escala ascendente: El australopiteco, hoy extinguido, descubierto en el pleistoceno, sin alcanzar el grado evolutivo de las razas humanas prehistóricas, superaba en mucho a todos los antropoides actuales, pero no pasaba de un «pitekos» o mono.



El plesiantropo de Sterkfontein y al parantropo de Kroomdrai en el Transvaal, de fórmula dentaria humana y cráneo humanoide, ¿son hombres?

Pero una muestra superior se presenta: Los citados se llamaban «pleasi», vecinos, «para», semejantes al hombre; éste es claramente un hombre. Le llamaron PITECANTROPUS ERECTUS = Mono-Hombre, erguido, bípedo: Descubierto el primer fósil por el Médico holandés Dubois en 1892 en la isla de Java y posteriormente nuevos fósiles del mismo individuo por el Dr. alemán von Königswald; por aquél, una bóveda craneana, varios fémures y algunos dientes, y por éste, otro cráneo, una mandíbula y otros restos. Tenía una capacidad craneana de 800 a 900 ctm<sup>3</sup>, perfectamente intermedia entre los actuales Grandes Monos, Chimpancé, Gorila y Orangután, de un lado, y el hombre actual, del otro. Sabía encender fuego.

Se admite que se está ante el «homo sapiens», cuando puede comprobarse la fabricación contemporánea de instrumentos rudimentarios o el uso del fuego.

---

Un paso más: Ya no se le dará el nombre de «piteco» o mono, sino el de HOMBRE, «ántropos»:

Es el Sinantropo, u «Homo pekinensis». Fue hallado en Chucutin a 42 kilómetros de Pekín, en capas cuaternarias y en número nada menos que de 35 esqueletos, en el año 1929. Su capacidad craneana no llega todavía a los 1.000 ctm<sup>3</sup>; frente muy huidiza, mandíbula simioide, arcos superciliares grandes, hueso coxígeo o de cola muy saliente, fémur bastante curvo, talla muy corta. Sabía no sólo encender fuego, sino también fabricar utensilios elementales. Practicaba el canibalismo.

Todavía el cráneo de Piltown y la mandíbula de Heidelberg, con dientes claramente humanos, entre objetos de sílex tallados, nos informan de la existencia de unos hombres con capacidad cerebral de 1.070 ctm<sup>3</sup>, netamente inferior a la de cualquiera de las razas actuales, aún de las que más baja la tienen.

Y llegamos a las razas paleolíticas:

Paleolítico inferior: Hombre de Neanderthal, en la vecindad y en el mismo estrato de restos de animales prehistóricos: Pre-



senta cráneo elipsoidal de paredes espesísimas, frente estrecha y baja, arcos superciliares enormes, occipital muy saliente, ojos de grandes órbitas redondas y muy separadas, mandíbula superior muy fuerte y grande, mandíbula inferior sin mentón, dientes gruesos, costillas redondas muy bruscamente arqueadas, revelando gran potencia de músculos torácicos, rodillas dobladas, cúbitos y radios de gran curvatura, manos y pies gruesos y grandes, índice cefálico que no pasa de 70 a 76 grados, nariz corta y ancha y de escasa estatura, análoga a la de los actuales lapones. La mujer del cráneo de Gibraltar, que también pertenece a esta raza, presentaba cráneo sin flexión como en los monos, hueso timpánico análogo al del gorila y chimpancé, órbitas oculares enormes y muy separadas, superciliares abultadísimos en forma de visera, ausencia de fosa canina y con arca dentaria en herradura, caracteres ambos propios de los simios, si bien la columna vertebral ya es sinuosa, como en los hombres actuales. Fueron hallados un anciano y una mujer con un feto.

Llegamos al hombre de Cro-Magnon: El cráneo se eleva, sus paredes se adelgazan, la capacidad craneana da un salto hasta 1.600 ctm<sup>3</sup>, la mandíbula es más fina, el mentón está ya desarrollado, la tibia es más larga, pero la frente continúa siendo huidiza, la cara es prognata o de salientes mandíbulas, y los restantes caracteres son todos del hombre actual:

Estamos ante el «homo sapiens», el «homo faber», artífice de instrumentos, el hombre locuente, que venció y desplazó a todas las razas y tipos humanos precedentes, con la astucia de las finas y complicadas circunvoluciones de su cerebro, con su diestra mano, capaz de construir y manejar largos cuernos artificiales o lanzas, de arrojar a distancia y sin peligro propio certeros proyectiles, con una mucho más larga infancia al lado de sus progenitores, a los que aprendió a imitar, primero, y a superar más tarde en cada generación, construyendo trampas para aprehender y matar a los otros hermanos animales peor dotados, afianzando su poder y dominio cada día, acentuando la superioridad de su astucia o inteligencia, con gran desarrollo de su instinto gregario o social, ocultándose de sus enemigos fuertes, subiéndose a los árboles o guareciéndose en cavernas, en las que dejó grabados o dibujados largos capítulos de su vida milenaria, para cuya victoria y progreso fueron suficientes

lentas mutaciones cromosómicas, transmitidas por herencia y largo y constante aprendizaje, en busca de sus necesarias proteínas nutricias, sin las que desaparecería de la faz del Planeta, como se calcula le sucederá dentro de un trillón de años, en que la Tierra estará seca y polvorienta, si no pudiera encontrar otro habitáculo, lo que no sería absurdo imaginar para tan remota fecha.

Y ante ese nuestro Mundo, ante ese panorama de aparición de la vida y su constante evolución durante millones de años, con las nuevas y renovadas formas de sus lentísimas transformaciones, diremos con un sabio Biólogo de nuestros días, que no parece haber razón ni motivo para introducir en el determinismo real de esa evolución, factores misteriosos y trascendentes, que se escapan por esencia al análisis racional científico, ni principios directores ni otras entelequias metafísicas: «Verdaderamente —añade— nada en el examen objetivo de la naturaleza, nos obliga a creer que una voluntad, una intención, un designio, hayan presidido la confección de las máquinas vivas».

## VI

### INSTINTO GREGARIO ESPECIFICO EN LA LUCHA POR LA EXISTENCIA

Por el íntimo impulso de pervivencia y conservación de todo viviente (con analogía en lo inorgánico, agrupando moléculas y partículas y hasta en el átomo, acumulando y equilibrando cargas energéticas), la materia viva se une, coordina y multiplica, constituyendo su mejor defensa su fuerza generatriz, reproductora al máximo, ocupando la mayor área posible y desplazando a cuantos estorben.

Esa capacidad genética que, muy grande en los mismos vivientes asexuados, se hace exuberante, de verdadero derroche, en las plantas y animales de organización más compleja, que, por la asociación y división del trabajo de sus células, con las modificaciones consiguientes de estructura, perfeccionaron sin fin

los órganos y funciones vitales. Esa capacidad genética es tan grande en tales vegetales y animales, que, una sola especie viva, cualquiera, el cerezo, el caballo o el hombre, ocuparían en lapso brevísimo toda la superficie del globo, si no hubiera desperdicio alguno de sus semillas o gametos.

Aquella misma tendencia en el hombre, diversificación de órganos y funciones, determinó ya, como hemos visto, la aparición de los dos sexos, acentuando aquella actividad hormonal que dio lugar a la atrofia de una de las ramas de los órganos bisexuales del feto humano, dejando residuos atróficos tan marcados del sexo contrario, como ese minúsculo útero de la próstata del varón.

Esa colaboración en la diversificación orgánica y funcional que en la escala vital nos pone de manifiesto la Biología en los animales más complejos, perfecciona extraordinariamente la función reproductora en beneficio de la especie, con la consiguiente variación de talla, huesos, musculatura y sobre todo los órganos específicamente sexuales, y da lugar biológicamente a la primera sociedad: el macho y la hembra.

No los liga ningún contrato, ni siquiera la astucia o inteligencia. Los une simplemente el instinto vital; el mismo que los une con sus crías, a las que resguardan con astucia en el alto nido, en la oculta madriguera, en la cerrada cueva, formando por reproducción la manada, el rebaño, el clan, la tribu, la sociedad de la especie, con las consiguientes y naturales virtudes de protección a cachorros y críos, lucha conjunta contra individuos o grupos hostiles, con admiración y honores de hembras y grupos a los valientes miembros que asesinan y exterminan al enemigo, con caridad o amor social, con patriotismo; y por otro lado, la autoridad molesta, aunque útil, de padres y jefes, que con su mando y represión defienden intereses vitales de los individuos y del grupo, conturbando de contragolpe también el vigor de los individuos, sus impulsos vitales, sin contar los choques, venganzas y crímenes de la convivencia en la distribución de hembras, espacios y bienes..., clamando siempre por más libertad, por toda la libertad, pero resonando siempre en la sindéresis de su astucia el eco de que sin orden, no hay libertad, ni hembras, ni espacios, ni bienes, ni vida...

## VII

### EL PSIQUISMO DEL HOMBRE

El hombre al nacer, ni ve ni oye en sentido propio, es decir, nada capta; pero reacciona a los estímulos; la sensación se repite una y otra vez, los agentes bioquímicos actúan, el órgano se impresiona; su complejo cerebro capta imágenes, ve, oye, siente. Todavía no distingue lo externo y lo interno como diferente para él, aunque lo externo tendrá siempre las básicas dimensiones y contenido que la sensación le proporcione. Esas sensaciones, se repiten de mil modos, se asocian, se condicionan en el espacio y con sus reacciones, con las cenestésicas del propio cuerpo que siente, se suceden, se enlazan y contraponen, en un entresijo complicadísimo que las todavía mal conocidas e infinitas redes de los filamentos de las neuronas almacenan, para vibrar, emitir, recoger, proyectar, etc., las mil ondas físico-químicas del organismo complejo.

Avanzan los días, las semanas, los meses de su experiencia vital. No separa, no precisa, impulsos de las cosas, del no-yo, de las de su cuerpo; pero, poco a poco ya reacciona hacia ellas o contra ellas, según el contenido de la sensación. Gatea por la caverna, explorando el mundo. Experiencias y experiencias, como cualquier otro animal. Más torpe en sus movimientos que sus hermanos ancestrales; medidas erróneas; músculos que malamente cumplen las órdenes; pero su poderoso cerebro almacena. En sus ojos fulgen, como chispas, destellos de su ya complicado fichero nervioso. Una nueva sensación, por sutil enlace de reactivo químico, despierta otras anteriores: es la memoria. Parece que recuerda, siente el yo como un atisbo, síntesis sensorial. Imita ruidos toscamente; con grandes errores lanza su manita, que se va instrumentando, y copia, en su viva tendencia imitativa, voces, que difícilmente va aprendiendo a articular. Y pronto hace avances prodigiosos en su aprendizaje de sonidos, actitudes emocionales de repulsa o atracción hacia su placer vital, con una conducta frente al no-yo y sus mil relaciones con sus sentidos, con su cuerpo, que ya siente confusamente suyo.

Observa mil veces, más tarde, esta cosa, este hecho, y mil y mil veces otras cosas, otros hechos, que suceden a aquéllos.

En su complicada red de fichas y ficheros, percibe vagamente un contacto, una relación implicada, un condicionamiento sensible de sus reacciones frente al estímulo externo: La idea de causa está en germen. Ninguna impresión directa tenemos de las cosas; substantivamos el estímulo proyectándolo a un objeto; asociamos percepciones e imágenes en un haz y formamos el yo y la conciencia; el hábito de ver que un suceso o fenómeno va acompañado o seguido de otro nos induce a creer que el segundo es efecto del primero, cuando en realidad no podemos captar jamás la substancia ni ese vínculo o conexión causal e íntima entre ella y el fenómeno posterior.

Guiado por su hedonismo radical, como todo ser vivo, capta unas cosas —cosas y causas tienen el mismo significado etimológico y conceptual—, como útiles para su metabolismo, para su mecánica vital, otras, como perjudiciales: La idea del bien y del mal quedan para la conciencia del yo, muy de manifiesto.

Ese hombre, aleccionado por su constante aprendizaje evolutivo, mejorando su organismo y funciones con la lenta mutación hereditaria de genes favorables, tiene que luchar en la recogida de sus alimentos proteicos cada día, matará a sus hermanos vegetales y animales de todas clases, aprenderá a guardar sus útiles de matar perfeccionándolos cada día, se ayudará con trampas astutas con premeditación y alevosía, y en premio recibirá los aplausos de las hembras y cachorros agradecidos, con el elogio de los mayores que le enseñaron a vencer, a los que luego rendirá confuso culto en toscas urnas funerarias; rendirá culto al Sol, fuente de calor y vida, al falo, origen de vida y símbolo de energía y de victoria, a la montaña, tras la que aparece la aurora que ahuyenta a los otros hermanos animales, tan fuertes, pero que ya le temen; de la que baja el agua cristalina que calma su sed y en la que lava sus brazos ensangrentados por zarpazos o dentelladas; que otras veces retiembla, ruge y echa fuego y lava que todo lo arrasa, como se cubre de blanquísimo manto que, herido por el Sol, ciega los doloridos ojos; al fuego, que, irritado, todo lo devora y consume; apacible, cura, desentumece y devuelve la vida; al animal sagrado, nutricio o protector...

Los dioses quedan creados: Los buenos y los malos. Todos son exigentes, como supuestos seres vivos; todos requieren culto y sacrificios. Todos perduran, se substraen a la medida del

tiempo del hombre y su grupo. Tanatos no puede con ellos: son eternos e inmortales.

Pero tras la devastación del incendio y el terremoto, la inundación y la muerte, el sol luce de nuevo, el mar se retira, la vida renace, el placer vital sucede al terror del no ser: La luz vence a las tinieblas, el calor al hielo, la vida a la muerte; Brama vence a Siva, Ormuz a Arhimán, Jeová a Belcebú, Dios al diablo, el bien al mal.

Por necesidad vital de subsistencia el hombre es optimista:

Los buenos Dioses le ayudan: Brama, Ormuz, Jeová y Dios, son más substancia, más ser, más eternos en su origen, más causa, más poderosos en definitiva que los autores del mal, aunque éstos, al fin ya inmortales, no cejarán en la eterna lucha...

---

La Ley, la única ley, el deber ser, la razón del Bien, de la Justicia, de la Estética, es la vida, la lucha por el placer y lo útil al viviente, y el «homo sapiens» se refina.

## VIII

### CIVILIZACIONES

Ya no se limita a trazar dibujos en las cavernas, utiliza ideogramas y mil signos simbólicos, como forma perdurable de expresión. Es protohistoria. De vivir en grandes grupos, en constante lucha con otros, aprende a resguardarse en castros, en ciudades amuralladas. Son dirigidos por un Jefe, un Rey, que ampara sus mandatos en el poder misterioso de los dioses, de los que él es el pontífice máximo. Sus funcionarios participan del poder sagrado y de sus ventajas: El Hijo del Cielo ha visto, antes de promulgarlas, sus leyes escritas en el lomo del Dragón sagrado de la China; la Sacra Trinidad de Brahama, Sihva y Vishnú, dictan las de la India; la también santa Trinidad de Osiris, Hora e Isis, inspiran las de sus Faraones; los Zend-Avesta



le fueron revelados a Zaratustra por el santísimo Mazda en Persia; Numa Pompilio en Roma, con más sentido de la moderación, se contenta con que le inspire la sacra ninfa Egeria, y por no hacer excepción es el mismo Alá quien revela el Corán a su Profeta.

Cosmogonías míticas pretenden explicar a los humanos el portento de la génesis del reducidísimo espacio del Universo a que alcanza su vista. Coexisten con otros cultos ancestrales. Son reveladas a hombres señeros, organizadores, guerreros ambiciosos, profetas iluminados. Los jefes encarnan, no sólo todos los poderes, sino también el depósito esotérico de su revelación, de todo el saber misterioso de su origen, de su interpretación, de su total aplicación normativa inapelable. Puras teocracias, con dioses vivientes. Toda duda, la más leve oposición, es herejía nefanda, delito de lesa deidad y de lesa humanidad, horrendo mal supremo contra todos y cada uno de los miembros de la sociedad organizada. El exterminio total del delincuente es una necesidad elemental de defensa social, un mínimo tributo de sacrificio y reparación al dios irritado en su infinito poder. El genocidio de cualquier otro pueblo infiel o enemigo de sus dioses, es un deber de todos y cada uno: La total guerra santa. El supremo jefe, vicario de los dioses y partícipe de su poder, es soberano de bienes y vidas, cuida los ritos, dirige los sacrificios, controla las conciencias, escudriña la ortodoxia del pensamiento del santo, del sabio, del ignorante y hasta del loco, falsea la misma historia.

Marcan, sin embargo, estas civilizaciones un gran progreso del «homo sapiens». El hombre ha ido venciendo a sus hermanos animales más agresivos y prosigue su lucha victoriosa contra madrastra naturaleza. Las leyes, la justicia imperante, son valederas, en tanto que expresión del estadio de cultura alcanzado, sin más medios de nexo socio-económico que ese entramado urdido sobre la marcha por esos guías selectos del rebaño humano, divinizando deseos y miedos vitales. Esas civilizaciones, con sus ciudades y monumentos, extendiendo con su espada y su comercio, su lengua, su organización social, su saber, representan hitos grandiosos de la evolución biológica del hombre.

## I X

Las instituciones estabilizadas no son vitales, el equilibrio estático es mortal. El aherrojamiento del individuo es letal para el individuo y la sociedad. Sin libertad, la planta como el animal, amarillean y mueren. El impulso biológico quiebra.

Un pueblo fino piensa y lanza un grito, que adquiere resonancia de siglos: Democracia. Esos dioses son fantoches —dice. El hombre, el grupo, el pueblo, es el principio, el medio y el fin del progreso de la humanidad.

Se mira entonces a sí mismo en la naturaleza, comienza a observar ésta, objetivamente. La Ciencia nace, modesta, sin técnica ni experimentación. No la sabiduría, sino la mera curiosidad: Filosofía.

Geniales observaciones de Anaxágoras, Aristarco, Demócrito, fijan mojones básicos de la Matemática, de la Física, de la Biología. Los tan santos como calumniados Pirrón y Epicuro, señalan la ruta de la eterna moral de la vida.

Imposible a nuestro tema, detenernos en el análisis del esfuerzo gigantesco del pueblo griego en el camino de la Cultura. Pero queremos apuntar un grave daño inferido a la vida y al progreso de los siglos posteriores por uno de sus geniales sabios: Una obra nefasta: La «Metafísica» de Aristóteles.

Si el curso caprichoso de la Historia hubiera sido otro, si Roma hubiera dedicado una parte de su gigantesca tarea militar y política al cultivo de la Ciencia, si tras la aparatosa caída de la cultura clásica al empuje de los bárbaros no se hubiera mitificado, todavía con deformaciones, la doctrina del gran maestro, los errores de Aristóteles no habrían tenido las funestas consecuencias que alcanzaron en Occidente.

Empieza por cavar un barranco en el camino de la Ciencia, al combatir la teoría atómica de la formación de los cuerpos, fecundísima idea base para el avance de las Ciencias todas de la Naturaleza. Y, porque Aristóteles se opuso a ella, no fue aceptada en definitiva la verdadera y exacta doctrina heliocéntrica, que habían propugnado Aristarco y Arquímedes, y que tuvo que esperar nada menos que 2.000 años para ser acreditada y demostrada por Copérnico, condenado por su obra y doctrina, como lo fueron las doctrinas y persona de Galileo como defen-



sor del heliocentrismo: La teoría geocéntrica aristotélica constituyó el obstáculo insuperable.

Queriendo también superar a los también calumniados sofistas y al mismo maestro Platón, pone otra barrera de inautenticidad.

Como Platón, honradamente, no viera en el orden lógico y Teoría del Conocimiento o Gnoseología, el modo de saltar por encima de la sombra del sujeto pensante, establece el Idealismo objetivo trascendental, que revierte en escepticismo al fin, porque el mundo de las Ideas-esencias, pese a su pretensión objetiva, deviene una creación conceptual del propio pensamiento, resuelve Aristóteles el insoluble problema de los universales, que todos conocéis, con la vaguedad de camelo (y no cabe atenuar en nada el vulgar y peyorativo término), diciéndonos que son conceptos, pero, con *fundamento*, en las cosas o seres extra-subjetivos.

Rechazada por él, la no bien elaborada pero exacta teoría atómica, que conducía de la mano a la composición molecular de los cuerpos y aún a la celular de los orgánicos, con las radiaciones que ya Tales de Mileto había presumido, se lanza Aristóteles a la tan ingeniosa y sistemática, como gratuita y fantástica teoría cosmológica de la materia prima y la forma substancial, substancia y accidente, substancias completas e incompletas, acto y potencia, y todas las demás entelequias que le llevan a él y sus mitificadores posteriores —«magister dixit»— a extremos, doctrinas y teorías, carentes de toda consistencia, contrarias a todo racional sentido crítico.

La creación constante de espíritus de toda clase, mortales unos, como las formas substanciales de las almas vegetativas y animales, inmortales otros, en contradicción con su teoría básica de integración por materia y forma, con la corrupción, privación, etc.; espíritus inmortales otros, buenos y malos, que, por la falta de materia y accidentes, forman nada menos que especies individuales, como los ángeles y diablos; el acto puro en sí con esencia de aseidad —Dios—, creando sin cesar, en infinita producción de insoslayable panteísmo, en misterio y milagro constante, formas substanciales, de naturalza y contenido tan vago, que caen en la inanidad de un concepto, cuya unión, acoplamiento intersubstancial, funciones, desarrollo en crecimiento del individuo viviente, desaparición en privación por

corrupción, son totalmente inexplicables. Y ¿a qué se unen? A la materia prima, cuya existencia, como substancia incompleta, es imposible, de cuya composición energética no se tenía ni idea, y que deviene así también un mero concepto de ensueño y, además, contradictorio en sí, porque según el maestro, no había sido creada, y según todos ellos, pese a no ser espíritu, tampoco ocupa espacio y tiempo, por falta de la forma substancial corpórea que la actualice.

Como se apartaron de la senda más científica de los presocráticos e ignoraron la integración atómica, la celular, los genes, las hormonas, etc., etc., no tuvieron dificultades en imaginar la creación constante de millones y millones de espíritus o almas de inexplicable trivalencia substancial: vegetativa, animal y racional, durante la evolución de millones de años, que saltaron al campo de la vida, no por virtud de radiaciones, reacciones bioquímicas, selección hereditaria, mutaciones genéticas, etc., que habrían salido, por inconcebible misterio, de la esencia por aseidad, en función de motor inmóvil, creador de las inefables formas substanciales...

Algo trataron de explicar: En el terreno de la Psicología, que es a mi entender simple capítulo de la Fisiología del sistema nervioso, en los animales y en el hombre, mera Neurología, rama del saber en que sólo se han dado hasta ahora los primeros pasos de tanteo, nos dicen que el alma humana, espíritu que resulta inmortal pese a la corrupción por la muerte, substancia incompleta, que vive, rige la vida y funciona al acoplarse misteriosamente a la materia prima corpórea como substancia también incompleta, y en el caso humano con una aptitud vital trivalente, ya que ha de desempeñar al mismo tiempo las funciones del alma vegetativa, animal y racional, actúa en el departamento o facultad del entendimiento, con la precedente y simultánea intervención de memoria y voluntad, el que, una vez despertado por una amable criada animal, llamada fantasía, desplegando como un brazo, al que denominan entendimiento agente, le da ciertas vueltas a la imagen, fotografía o especie sensible, y por un lindo truco de prestidigitación, extrae de aquélla otra imagen, ya inmaterial, llamada especie inteligible, que entrega al otro brazo, espiritual, el entendimiento posible, y así lo material y corpóreo queda convertido en conocimiento racional, como cuadro perfectamente iluminado, para que la otra facul-

tad, también inmaterial, claro, la voluntad, sin ojos pero que, sin embargo, ve el cuadro, movida inexorablemente desde muy lejos por las inquebrantables poleas del motor inmóvil, en acto elícito pero imperado, en un punto o momento —instante de suspensión de todas las fuerzas determinantes, divinas y humanas, físico-químicas, materiales y espirituales, o sea, con absoluta libertad de libre albedrío— elige el sendero de su obrar, de sus actos, de los que será responsable ante los Tribunales humanos, que tal vez dejarán la cosa en años y días, pero que otro Juez Supremo, infinitamente bueno y justo, llevará a extremos de eternidad, por haberse dejado arrastrar el mísero gusano —véase un Tratado de Patología—, de los señuelos y cantos de sirena del espíritu del mal, de su perversidad maldita, del placer porcuno, infringiendo los mandatos de la causa incausada o los dictados de la recta razón...

Pura logomaquia.

Substancia: Concepto contradictorio, como apunta Wundt: «stat» y «agit», al mismo tiempo.

Causa = cosa: Potencia y resistencia al mismo tiempo. Causa eficiente, que sólo actúa como potencia, movida por la causa final. La causa primera pura, cosa o ente primero puro, esencia por aseídad, que sólo actúa movida por sí misma, como suprema cosa o causa final.

Motor inmóvil = cosa, causa, ente, producto ahí, al que nadie causó, creó ni produjo.

Esencia, ser, ente, es, es aquello por lo que la cosa es lo que es —dice la escolástica—.

Existencia = Que está fuera, ¿fuera de qué? Fuera del pensamiento —dicen—. Condición del ente real. Real, de «res», cosa, ente, causa.

Espíritu = aire, soplo, cuerpo diluído, gas, sin forma ni contenido, sin medida, sin espacio ni tiempo; pero como al quitarle espacio y tiempo, lo reducimos a la pura inanidad y es inconcebible, en pura contradicción, le devolvemos espacio y tiempo, llamándole «substancia pura», y buscándole una forma imaginaria, la más distinguida posible, le damos vaga y borrosa, la figura humana, naturalmente destripada, aunque algún santo y sabio doctor medieval no dudara en plantear la profunda cuestión «Utrum Angeli minxerint»...

Las tautologías y paralogismos, apoyados en el «magister dixit», ensangrentaron campos y ciudades, mientras un analfabeto «homo oeconomicus», sin dignidad, arrastraba sus lacras de toda especie, apartado de la Ciencia y el saber, siempre inquietante para lo estatuido. Y todavía en tiempos modernos, Descartes y Leibnitz, rompen sus cabezas de grandes pensadores, al encerrarse en el mismo círculo y laberinto sin sentido de la introspección metafísica.

Pido perdón al sabio auditorio por haberme detenido algo en el análisis somerísimo de estas logomaquias.

## X

### FILOSOFIA DEL DERECHO

La razón de ser de la Filosofía del Derecho es la investigación de la idea de la Justicia, del Ideal de la Justicia, la definición misma del Derecho, la afirmación de un arquetipo ideal de lo justo, absoluto e inmutable. La Gneosología Jurídica.

Si esa idea, ese arquetipo, anterior a toda norma concreta e histórica no existe o no puede conocerse, con objetividad ideal, si se quiere, pero fija, segura e invariable, no queda más postura lógica que la adopción de un positivismo pleno, de un relativismo subjetivo insuperable, y, en definitiva, de un escepticismo completo en la materia, sentando en conclusión que se trata de una disciplina, que en cuanto se pretenda autónoma e independiente de la Metafísica y de la Religión (aspecto el religioso, totalmente ajeno a nuestro tema), es una mera palabrería sin contenido.

Si la trascendencia, lo ontológico, es siempre un salto sobre la sombra de la sensación, percepción e imagen, y de la complejísima conexión de las mismas en el cerebro humano, si el mismo llamado principio de identidad y de contradicción (palabras las tres, «principio», «identidad» y «contradicción», absolutamente impuras), son meros rejuegos de espejos del sensorio, si la Psicología no pudo ni puede separarse, científicamente, de la Fisiología; si esas sensaciones en sus finísimas síntesis, en-

tronques y entresijos de sutilísima trama, vienen regidos por factores endocrinos, cada día mejor conocidos por la Ciencia; si es evidente que todo el material de los ficheros y actividad cerebral, es dado por los cinco y más sentidos, con una organización, estructura, potencia y tono determinados en cada especie animal, de modo que dicho material y su elaboración psicofisiológica sería totalmente otra, sólo con aumentar o disminuir en su incomensurable gama algún elemento sensorial; aquella urdimbre de sensaciones y conexión de vivencias, con su proyección de pensamientos, consciencia, impulsos positivos y negativos, deseos y temores, etc., serían completamente diferentes; si las mismas ilusiones, alucinaciones, son sensaciones anormales, pero tan auténticas como las normales; si las medidas de los espacios y los tiempos, velocidades, etc., son puramente relativas; si no hay dos individuos de cualquiera especie viviente absolutamente iguales en su constitución anatómico-fisiológica, ni por tanto en sus vivencias; ¿cómo podremos, con un mínimo de sentido crítico, desengañados por los mil comprobados errores en que cayeron o creyeron todos nuestros antepasados, sin excepción, atribuir valor trascendental a esos términos y conceptos, abstractos, estereotipados en metáforas, producto elaborado sobre las reacciones de nuestros mecanismos orgánicos ante la luz, sonidos, etc.? Con honradez y sin compromisos, lo que es fundamental en toda investigación filosófica, me parece forzoso concluir que la Filosofía del Derecho no es capaz de darnos un concepto de lo justo, formular un ideal de Justicia, que no sea un mero formalismo carente de contenido objetivo.

Verdades absolutas, ideales supremos, razón pura con todos sus formulismos lógicos, valores y categorías supremas, por intuición, deducción, introspección, nos parecen entelequias, palabras, conceptos vagos hasta el infinito, engañosas síntesis de millones de borrosas fotografías con que distinguidos ejemplares de «homo sapiens» pretenden construir con ingeniosos malabarismos en la noche de la ignorancia humana, todavía inmensa, brillantes edificios ontológicos.

¿Derecho Natural, el Ethos eterno? No, si hemos de establecerlo sobre tales ensueños.

¿Unicuique, suum? Pero la frase no dice, sino se discierne previamente qué se entiende por «lo suyo», absolutamente nada,

en orden a la idea de la justicia, ya que sería repetir en sonsonete: «Debe darse a cada uno, lo que debe darse a cada uno». Y en sentido directo y propio, contiene una doctrina el enunciado, que es biológicamente falsa, como antivital y antinatural, pues «lo suyo», lo que tiene por sí el animal, el viviente, es la carencia, un cúmulo de necesidades de apoderamiento, de rapiña de proteínas en primer término para nutrirse, asimilándolas y recombinándolas en millones de reacciones de cadena bioquímica, para lo cual ha de matar sin piedad a los demás seres vivos. Así cada individuo y cada especie, so pena de extinción, exige como imperativo categórico: «Unicuique, alienum». A cada uno, lo de otro, sin necesidad de invocar los manes de Hobbes.

Menguado arquetipo de Justicia habrá de fundarse sobre esa realidad vital que impone la constante e impía caza, por medio de refinada astucia o por la violencia a sangre y fuego, de otros individuos o grupos vivientes, hermanos de la escala biológica. Y ese principio o ideal de Justicia, debería aún ser valedero como arquetipo para los millones de millones de seres vivos de todos los miles de millones de galaxias... El intento de hallarlo parece ridículo...

Lo bueno y lo malo carecen de sentido, si se les despoja del determinante finalista o teleológico de lo placentero, lo útil, lo conveniente para cada individuo y especie.

La categoría del deber ser, como entidad suprema y apriorística de la Moral y el Derecho es con evidencia un concepto de valor. Pero ni Maxcheller ni Hartman han podido explicarnos el cómo la intuición puede constituir un medio lógico de establecer, ni aun una mera síntesis de normas rectoras de un sistema valorativo universal, que no sea puramente subjetivo y relativo, quedando así automáticamente contradicha y anulada la supuesta condición apriorística y suprema de la idea de valor, opuesta a la Ciencia y experimentación biológica, y que, en cuanto tal oposición se dé, debe ser rechazada, como admiten de buen grado, con buen sentido, los más modernos autores de Tratados de Filosofía del Derecho.

Las ideas innatas, si no fueren divinizadas, como hicieron Sócrates y Platón, son entelequias que conducen al subjetivismo y escepticismo.

Todos los formalismos lógicos (Kant y Kelsen, por ejemplo), aparte de verse obligados a reconocer que son síntesis poste-



riores en su génesis a elaboraciones psíquicas, no pueden eludir ni superar el idealismo subjetivo, aunque aquél con sus seguidores, merezcan, por sus fórmulas jurídicas supremas, el glorioso título de defensores de la libertad del pensamiento, de las acciones de fuero interno, y de la libertad jurídica y política en general de los actos que no rebasen la esfera individual.

Imposible, aún en comentario muy apretado, presentar una crítica del admirable esfuerzo del pensamiento brillante de los mejores, en la época moderna, en el campo de la Gnoseología en general y en el amplio terreno filosófico, encaminado a la formulación de doctrinas sistemáticas suficientes a superar la inquietud escéptica sobre el Mundo, el Hombre, el ser y el deber ser.

Aparte los expositores tradicionalistas, más o menos neoescolásticos, así como aquellos que en una agrupación, un tanto arbitraria, podemos clasificar como románticos, de hermosas sugerencias en varios campos, dos tendencias opuestas cabe señalar: La primera, la Metafísica, que, si bien parte de la razón pura o pura razón, llega por uno u otro camino a la construcción de idealismos sistemáticos, al fin trascendentes, incluso por medio de la idea pura y el yo-puro, al totalitarismo formal, al Estado-Dios y al Absoluto divino:

Kant, Hegel, Fichte, Schelling, Max-Scheller, son en definitiva, en gran parte inducidos por su formación cultural y su circunstancia, Teólogos racionalistas, dogmáticos, de brillantes concepciones de admirable arquitectura sistemática, de formidable vigor introspectivo y deductivo; el último, de genial fantasía intuitiva, como moderno profeta.

La otra, sensualista, científica, experimental y contraria a todo supuesto de incognoscible metafísica:

Bacon, Benthan, Hume (que levantara a Kant, confiesa este mismo, «de su letargo dogmático tradicional»), Augusto Comte, Stuart Mill, Spencer (el amigo de Darwin), etc., que trazan el mejor camino de la libertad y de la Ciencia, trabajando y observando, con ahinco y sin prejuicios ni compromisos, en el amplísimo y fértil campo de la evolución biológica.

Admitiendo de buen grado la ingente aportación de Freud en el conocimiento profundo del hombre concreto, la honda y decisiva de Marx en las mil implicaciones del «homo oeconomicus», nos parece anticientífico instituirlos y seguir con fervor

sus exageraciones de aspecto unívoco, consecuencia en aquél de la insuficiencia —que perdura por hoy— de datos suficientes de las Ciencias bioquímicas, y en éste, en parte por el mismo motivo del grado de avance de la Economía moderna, y en ambos, como siempre, su circunstancia personal, socio-política, su compromiso en una palabra...

Y dejando a un lado, con relación especial a España, los hitos liberadores y renovadores del Krausismo del siglo pasado, insuficiente en sus mismas pretensiones, creemos que el vitalismo de Ortega y Gasset, discípulo de Cohen y como él Catedrático de Metafísica, con su gran contenido metafísico, al atribuir a la vida la única entidad de realidad radical, determinada y regida por la razón como función vital, ínsita, sin embargo, necesariamente en aquélla, pese al ropaje oratorio excelente de la razón histórica, la circunstancia vital, y la presión injusta de la sociedad como la gran desalmada, ni teórica ni prácticamente logra resolvernos cuestión alguna clave de Filosofía o del saber de la Normativa Etico-Jurídica.

El existencialismo, tan de moda como fiebre de sarampión, de Heidegger, Sartre, etc., con su angustia reveladora de la nada, la «preocupación», como contenido de la temporalidad de la vida del hombre concreto, la muerte, como única auténtica posibilidad de existencia, la «náusea», como actitud y crítica de conducta, si bien desvelan un hondo captar del mecanismo vital del hombre actual, son, al fin, un simple exponente de la desesperación y nihilismo de estos pensadores: Pesimismo antivital y quintaesenciado, que el hombre, la más acabada máquina viviente, cada día más perfecta y victoriosa, no puede aceptar en su carrera evolutiva, regresando a un Nirvana aniquilador.

## XI

### LA LIBERTAD Y SUS LIMITES

La libertad, como exención de coacción externa, es una condición existencial, en principio, de todo ser vivo, de la planta



como de todo animal, con inclusión del hombre: Un mero postulado de vida. En la inicial formación de lo orgánico y en su desarrollo, como en su pervivencia en grupos o especies. Pero también sus limitaciones, que ya, también en principio, vienen dadas por la concreta medida espacio-temporal de los elementos biogénéticos, físico-químicos, sin mencionar las desfavorables mutaciones morbosas, agotamiento reactivo, etc., tan deficientemente controlados todavía por la Ciencia actual, además de la concurrencia en pugna por la adquisición de espacios y medios vitales de las demás especies, aparecen marcadas por la dimensión social del hombre, en todos sus aspectos; la que, si bien implica necesariamente una ingrata barrera del individuo vivo de cualquiera especie, es al mismo tiempo medio de expansión vital, de la seguridad de su desarrollo y de su perpetuación, con la victoria de la especie en su lucha por vivir.

La coordinación entre la libertad y sus indispensables limitaciones, que en aquella perenne lucha vital, jamás podrá estabilizarse, nos parece un auténtico ideal, no a alcanzar, pero sí a propugnar y seguir por nuestra especie victoriosa, que integrada por superhombres ordenados, libres de morbo y pobreza, alejen lo más posible el frío extintor último del Planeta, o lleguen a superarlo con su saber y tecnicismo.

## CONCLUSIONES

1.<sup>a</sup> La Justicia es un concepto psico-fisiológico a posteriori e intrascendente de la especie humana, cuyo valor teleológico consiste en servir al progreso evolutivo de la humanidad, por medio de la coordinación entre las libertades individuales y el orden social en cada momento histórico.

2.<sup>a</sup> El vitalismo, optimista y científico, parece constituir el ideal superior del hombre.

3.<sup>a</sup> Las leyes y su aplicación, cumplen la función de la Justicia, en la coordinación de la libertad y el orden, sólo en cuanto atienden al progreso evolutivo individual y social de la especie, al nivel del avance científico de la humanidad en cada momento histórico.



CONTESTACION

DEL ILTMO. SEÑOR

D. GERARDO ABAD-CONDE Y SEVILLA



Excmo. Sr. Presidente:

Excmos. Sres. Académicos:

Excmas. Sras. y Sres.:

Señoras y Señores:

Al disponerme a cumplir la grata misión de contestar al brillante y erudito discurso de ingreso que acaba de pronunciar el Académico Numerario don Carlos Gómez Carrera, debo, ante todo, rendir el testimonio de mi gratitud a este Instituto por la honrosa misión que me confía a tal objeto.

He de confesar que el desarrollo de este encargo puede ofrecerme dificultades, no solo por la premura con que hube de recibir la encomienda, sino de modo muy principal teniendo en cuenta que mi ánimo se detiene al meditar si debo entrar en una glosa del trascendente tema objeto del filosófico discurso del señor Gómez Carrera que, evidenciando una extraordinaria cultura de toda índole, ya que abarca campos diversos del conocimiento humano, no solo el jurídico, avanza una problemática científica de auténtica envergadura y propicia a la reflexión y meditación más cuidadosa.

No debo, ni tampoco quiero desvanecer en vosotros la interesante sensación de lo que acabáis de oír. Debo ser, pues, relativamente breve.

También os pido permiso para no acometer el examen-semblanza del orador y de su obra a la manera exhaustiva de un

«curriculum vitae». Puedo sentirme en conciencia relevado de hacer reseña de sus justos y relevantes méritos si pienso que sería improcedente el más leve intento de presentación de quien, como el señor Gómez Carrera, entra en esta Academia por derecho propio e indiscutible; y si hubiera de hablar con rigor y con justicia de su fecunda labor, tendría que sumar a la mía las voces innumerables de cuantos han recibido del señor Gómez Carrera patrocinio y enseñanza.

Este acto sirve para rendir al beneficiario, por sus propios y acreditados méritos, rendido homenaje de admiración y de amistad, en razón de su intensiva labor tanto científica como profesional.

El señor Gómez Carrera hace estudios profundos en el Seminario; luego pasa de modo trascendente por la Universidad, y se abre un camino en el Foro en el que fija la ejecutoria de una labor ascética, con entrega total y brillante al estudio del Derecho, a su práctica, al trabajo honesto y limpio, resplandeciente de aquella calidad espiritual propia de quienes saben recluirse en su despacho, cumpliendo sencilla y calladamente el quehacer profesional diario que bien puede reputarse como una labor de apostolado social.

Porque el señor Gómez Carrera patrocina y enseña, aconseja, defiende y guía con una preceptiva que goza del más alto predicado, impartida a generaciones de estudiosos que, afortunadamente, conservarán para el futuro, el fruto de la ilustración y ejemplo de quien como él supo aleccionarles sembrando semillas que van fructificando al ir siguiendo los que han recibido las enseñanzas sus respectivos caminos. Entre el Foro y la Docencia va el curso de su vida. El ejercicio trascendente de esta doble función da la dimensión de su personalidad.

Su discurso está fuera de lo corriente y supera toda la semejanza que yo pudiera intentar, pues de todos es sabido que por los frutos se conoce el árbol. Expresa no un motivo típico o estrictamente jurídico sino que abarca o comprende un planteamiento intensivo del tema de la Justicia en sus perfiles más apasionantes. Va directamente, eso sí desde su convicción, que reviste un notorio perfil polémico y discutible, a la naturaleza de la cuestión, es decir, afronta la empresa, que requiere decisión incalculable, de penetrar en la constatación o búsqueda de un modelo perfecto para la justicia humana.

¿Las líneas esenciales de su trabajo? Sin duda alguna: sincero. Esto tiene el más alto valor. El señor Gómez Carrera ofrece alguna de sus reflexiones presentándolas no solo con un estudio profundo sino que se enfrenta con valentía a sus dificultades, dada la amplitud del tema de la justicia y cuanto le es circundante, pero además lo hace con una personal pura e interesante y erudita manifestación de conciencia. Consecuencia de ello es que tengan que ser numerosos los discrepantes y también muchos los coincidentes con solo tener en cuenta que el señor Gómez Carrera no construye su discurso sobre meras incidencias de la vida profesional. Su concepción de la Justicia demanda una exégesis cuidadosa, y me atrevo a decir —si me lo permite el señor Gómez Carrera— que no admite asentimientos encubiertos, ni de mera cortesía polémica, sino que aviva la emocionada investigación de la verdad, con su cortejo de meditaciones y el más cuidadoso sentido de la responsabilidad, en razón de que bien puede afirmarse en términos de profunda convicción que las ideas y los conceptos clásicos sobre la Justicia, que parecían eternos e inmortales, no tienen ya, en su concepción vigencia ni validez, sino que están en trance de transformación radical. El drama de la Justicia actual es precisamente que trata de permanecer sobre un rodaje y unas ideas, desactualizadas. Se está menoscabando, no ya ante la oposición pública, sino ante algo mucho más grave cual es la indiferencia popular toda vez que el pueblo no se interesa activamente por los problemas de la Justicia típicamente judicial, sino que pospone los mismos a los avatares de la Justicia política.

Cuando Pound, ilustre e insigne jurista, pronunció su extraordinario discurso ante la American Bar Association con el seductor título «The causes of Popular Dissatisfaction with Administration of Justice», tuvo su disertación una repercusión extraordinaria causando estupor en el sector conservador de los profesionales y encendiendo entusiasmo entre los jóvenes. El discurso fue como una fulgurante chispa de fuego sobre el tratamiento de la Justicia y se hizo célebre. El pensamiento jurídico está en constante progresión; la idea del evolucionismo la expuso Picard afirmando que la Historia está llena de apariciones sucesivas en el Derecho, a virtud de que cada institución

jurídica evoluciona por su cuenta al mismo tiempo que es arrastrada por el movimiento total.

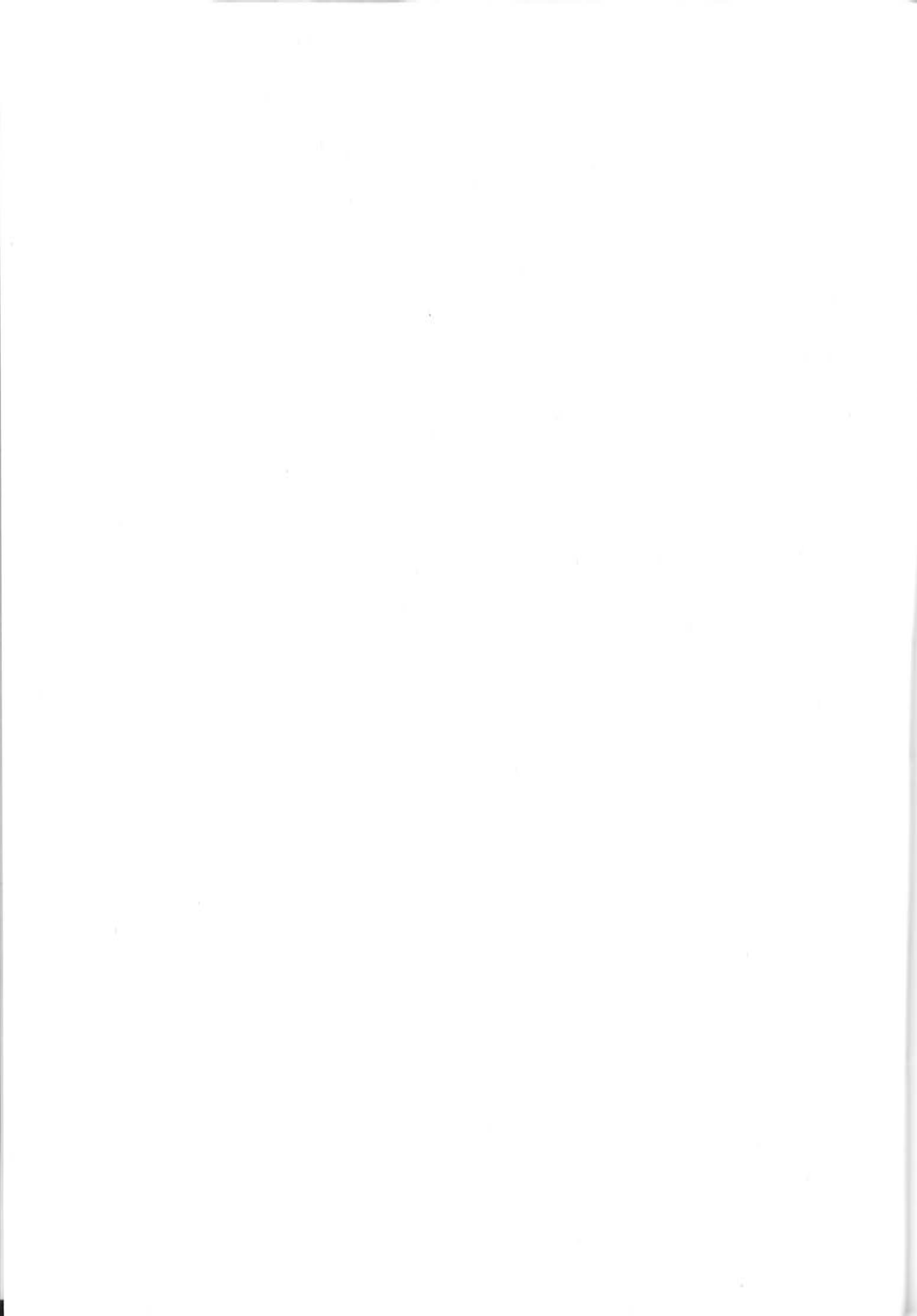
Camina el señor Gómez Carrera en su discurso por el amplio sector de la ciencia biológica y, en particular, por Darwin y biólogos modernos con su tesis de la evolución que se abrió camino de una manera lenta, pero efectiva, contra la tendencia dirigida a hacer entrar el fenómeno de la vida dentro de las clasificaciones escolásticas o de esquemas metafísicos y de formular leyes de desarrollo sobre datos frágiles y de intereses filosóficos cerrados. La evolución organiza la analogía de lo orgánico y de lo «superorgánico» y la aplicación a fenómenos sociales de la lucha por la existencia así como de la supervivencia de los más aptos sin las diferencias de la sociología biológica y de la jurisprudencia sociológica en su fase teológica, con amplio y ancho planteamiento que a mi modesto juicio tiene mucha relación con el tema del discurso de ingreso al que estoy contestando; mas es indudable que su planteamiento sugiere una labor futura que indudablemente ha de ser objeto de estudio y desarrollo antes de que podamos contar con una teoría final adecuada, para poder llegar a una apropiada teoría del Derecho y de la Justicia, concebida como fenómenos sociales.

Por último, mi cometido no quedaría cumplido si no me excusara de avanzar en el análisis de la materia, en labor que hoy pertenece esencialmente al ilustre beneficiario y también si antes de concluir no expreso, de modo sincero y reflexivo, que el contenido científico del discurso al que me ha cabido el honor de contestar —del más alto y apasionante interés— viene arropado en el estilo, de forma brillante y acrisolada, característico en la fuerte mentalidad de nuestro compañero de Academia, a quien la Corporación le agradece profundamente la aportación de su trabajo, por el que no solo le presentamos nuestros más sinceros parabienes sino que le guardamos obligado reconocimiento.

He dicho.



INDICE SISTEMATICO



	<u>PÁGINA</u>
I. LA TIERRA ... ..	9
II. EL HOMBRE ... ..	10
Génesis del hombre ... ..	11
III. LA EVOLUCIÓN BIOLÓGICA ... ..	14
IV. PARIENTES VIVOS ... ..	15
V. EL «HOMO SAPIENS» ... ..	17
VI. INSTINTO GREGARIO ESPECÍFICO EN LA LUCHA POR LA EXISTENCIA.	20
VII. EL PSIQUISMO DEL HOMBRE ... ..	22
VIII. CIVILIZACIONES ... ..	24
IX. ... ..	26
X. FILOSOFÍA DEL DERECHO ... ..	30
XI. LA LIBERTAD Y SUS LÍMITES ... ..	34
CONCLUSIONES ... ..	35
CONTESTACIÓN ... ..	37